AÑO LI. Miércoles 15 de Noviembre de 1911 Núm. 15.000

# El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.=Administración, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París Mr. A. Lorette, 14, rue Rongemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Moutmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalémer Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

## La inmunidad y la impunidad

Con este título publica "La Correspondencia de España" del día 13 del corriente, un hermoso artículo de su redactor Taf, que no transcribimos íntegro por su mucha extensión; pero no podemos sustraernos al deseo de reproducir una parte de tan brillante trabajo, no solo por la palpitante actualidad que refleja, sino porque él nos recuerda casos muy recientes de campañas periodísticas locales, que tal vez han vi to la luz pública, escudadas en esa inmunidad convertida en impunidad por culpa de todos.

Dice así:

"En España solo existe un ser irresponsable, un ser superior á todos los demás, un ser autorizado para conculcar las leyes, atropellar los derechos y burlarse de la justicia, si eso le place y le divierte: el diputado á Cortes.

Y eso lo alentamos nosotros, periodistas educadores, y eso lo tolera el pueblo, con sed—según dicen—de Libertad, de Igualdad y de Fraternidad.

¿Hay nada tan cómico como unos ciudadanos que quieren gozar de todas las libertades y no pueden ejercitar la más rudimentaria, la libertad del derecho á defender su honor, su familia, quizá sus propiedades?

Porque . Vengamos á este terreno de la inmunidad en el periodismo. Para no aludir á nadie, pongamos ejemplo de que «La Correspondencia de España"—si en estas columnas se hicieran esas cosa—publicara unas notas de información diciendo que don Roberto del Pinar y de los Zarzales le había estafado al Banco de España cincuenta mil duros; que su esposa, temiendo á la Justicia, había volado con un amigo del esposo, y que sus lindas hijas, imitando el ejemplo de la mamá corrían por esos mundos del brazo de dos caballeretes.

Al otro día resulta que todo eso es mentira; que el hogar del buen señor es un modelo de hogares y que nosotros, villanamente, infamemente, lo hemos destrozado, lo hemos encenagado con nuestra calumnia. El señor Del Pinar tiene dos caminos: rompernos el cráneo de un pistoletazo ó acudir á los Tribunales en demanda de una pública y solemne reparación. Y como el Señor Del Pinar no tiene instintos homicidas, nos lleva á los Tribunales.

—¿Ah sí? ¿Se ha puesto usted *tonto*, llevándonos á los tribunales, señor Del Pinar? Pues sepa usted que el *responsable* de esa información (que recibió el repórter tal vez engañado) es el director y que el director es diputado á Cortes, y que a nosotros *¡piscis!* Es decir, que si usted por las malas (que en nuestro pais *por las malas* quiere decir *con arreglo á derecho*), ha pretendido hacernos rectificar, se fastidia, pues, aún suponiendo que el director deje de ser diputado algún día, como el delito lo cometió siendo inmune, ya no habrá medio de ejercitar contra él en toda la vida la acción criminal. Usted seguirá siendo ante el público un estafador, su mujer una cualquier cosa y sus hijas lo que todos nos hemos figurado.

¿Es posible vivir en un país así constituido? Porque no se crea que éste es un ejemplo absurdo, no; éste es un caso frecuente de indefensión del ciudadano ante la inmunidad parlamentaria en sus relaciones con la prensa. Y si hay quien necesite pruebas, bastará le hojear en la Biblioteca unas cuantas colecciones de periódicos, donde la injuria sin castigo y la calumnia sin persecución han quedado impresas para siempre.

Eso no puede ser; eso no debe ser. El periodista que delinque, como el abogado, como el industrial, debe ir á la cárcel. ¿No pagan en la cárcel sus actos delictivos los pobres directores de periódicos de provincias? ¿No vamos á la cárcel nosotros cuando no buscamos ó no encontramos un diputado complaciente que nos ampare con el manto de su inmunidad? Porque esa es otra. En España, no sólo son inmunes los diputados, sino muchos de los que rodean á los diputados. Que un periodista diputado pueda sustraerse en cualquier momento á la acción de la Justicia, sería explicable; pero que yo tenga inmunidad por carambola, ¿no resulta escandaloso?

## Acontecimiento teatral

Madrid 15 9 m.

La función celebrada anoche en el teatro de la Comedia á beneficio del Dispensario antituberculoso, ha sido un acontecimiento.

Se ha puesto en escena el drama «Don Juan Tenorio».

Han tomado parte, repartiéndose los principales personajes, Benavente y otros literatos y periodistas.

## Novelerías

—¿Le gusta á usted Paul de Kock?
—Es autor original
—Me agrada por lo ligero,
—Me *puede* por lo sagaz.
—*«En Gustavo el calavera»*
el argumento es moral.
—Para los jóvenes turcos,
y ardientes, no cabe más.
—*«Un buen sujeto es preciso»*.
—El tipo es particular.
—Yo conozco á quien comercia,
de sobra, con la bondad.
—*«Los caballeros de industria ó la casa Perdiz and. «Company»*, es obra burlesca...
—De innegable actualidad.
—*«Ni nunca, ni siempre»*, encanta
por su lógica ejemplar.
—¿Receta es para casado?
—Para viejos, nuevo es plán
—Me choca *«El amante tímido»*
—Más sincero es que el pro-
—Los aspirantes á jefes, (caz
deben el caso estudiar.
—*«La pérfida Feny»* ¡oh cielos!
es prostituta vulgar.
—Yo he tratado á algunas pérfidas,
y me han sabido muy mal.
—*Conquistas de un joven Cándido.*
—No hablemos de Sanidad.
—¿Será ese joven Martínez.?
O el famoso General.
—*»Y la mujer, el marido. y el amante...*
—Basta ya.
Esos matrimonios torpes
son de alcurnia liberal!

—¿Pigal-Lebrun no le peta.?
Por Dios que me ha de pre-
—Es muy crudo y muy realista. (tar:
—Y muy picante además.
—Yo lo leo en invierno.
quiero en calor entrar.
—Yo lo leo en primavera.
—En todo tiempo, es igual.
—Sin embargo, hay en sus obras
tal calor de humanidad
que me rio de los cines
y del masaje dorsal.
—¡Como está el mundo, Toribio!
Hermógenes, cómo está.
—¿Tienes *la primer postura*?.
—Ya lo creo: ¡miralá!

*X. Y. Z.*

## Funerales

En la parroquia castrense de Santo Domingo se han celebrado esta mañana á las diez, los funerales por el eterno descanso del alma del excelentísimo señor don Antonio Alonso y R. de Sanjurjo, comandante general que fué del Arsenal de este apostadero.

Al fúnebre acto ha asistido gran número de amigos del finado y comisiones de los cuerpos de Guerra y Marina.

La presidencia la ocupaba el señor Gobernador militar de esta plaza, el comandante general del Arsenal, el general Pintó y los hijos del finado.

Reiteramos nuestro pésame á la familia del que pasó á mejor vida.

## Los irascibles

I

—¡Cual gritan esos malditos..
—Déjalos, Homobono. Son nuestros únicos hijos.
—¡Mal rayo los parta!
Me horroriza tu vocabulario.
—Y á mí tu gazmoñería.
—¡No me busques las cosquillas!
—Eso quisieras tú, basilisco.
—No me pongas motes, ni me confirmes sin motivo.
—Sin mojicón querrás decir. ¿En qué estaría yo pensando el día en que me casé con esta condenada?
—¡En el verdugo!
—No me urgues, Mesalina.
—Así te murieras, ladrón.
—No te caerá esa breva, rabanera.
—Esto no es un marido, es un radical de.., Cartera.
—Esto no es mujer. Es una sufragista en libertad.
—Tu apellido es Dulce, pero tu genio es muy amargo.
—Tu nombre es Paz, pero á Dios le mueves guerra.
—Adios, machina flotante.
—Cállate, fu gón de cola.
. . . . . .
Esta escena edificante
acaba por carambola.

II

—Caballero, hemos concluído.
—*Nequaguan!* No hemos empesado.
—Le advierto á V. que me llamo Ginés...
—Se le conoce á V. en la cara.
—Y le prevengo que mi primer apellido es Batalla.
—Lo había presumido. Es V. muy batallador.
—Y finalmedte, le participo que soy Fortuny por mi madre.
—Eso no lo había adivinado.
—Es bastante difícil.
—Dejémonos de pequeñeces.
—Al grano.
—Es decir, al terreno.
—Yo soy el ofendido.
—Lo discutiremos.
—Elegiré las armas.
—¿No me ha dado V. un bofetón?
—Tres; dos al aire, casi rozando la epidermis ¡y uno! sonoro, en el mismísimo culo.
—V. me provocó con sus balandronadas.
—Menos bravatas.
V. Me tildó de Apolinario.
—Eso no es insulto.
—Es una majadería.
—Es una gracia,
—No le veo la idem.
—Póngase V. los lentes.
—Grosero!
—Cara de pipa!
—Voy á romperle el bautismo.
—Rómpamelo V. ahora mismo! (Diputado por Chiripa.)

III

—López, Loopez!!
—¿Qué manda usted, don Canuto?
—Esta copia de mi Memoria sobre la remolacha está llena de disparates.
—¡Como que es igual al original!
—Sr. Títere ¿vá usted á sobarme la cabellera?
—No me cabrá tal placer.
—Desvergonzado! Insolente! ¿Se olvida osted de que soy su jefe?
—La memoria es la maldición de la vida.
—Suprima usted los apotegmas
—Se me salen sin querer
—¿Ignora usted que puedo reventarlo?
—¿Ignora usted que estoy ya reventado?
—Insubordinado! Díscolo! Rebelde!
—Jinojo! Y cuántos piropos.
—Escribir azúcar con k.
—Me figuré que era cande.
—¿Y morcilla con y griega?
—Soy paisano de los Quintero
—Ay! qué gracioso.
—¿Y animal con h?
—Es para que suene mejor.
—Es usted un zapatero.
—A mucha honra.
—Jinojo! ¡Y qué charrán!
¡Qué escribientes tan zopencos!
—¿Qué jefes tan mamelucos!
—¡Qué coleción de mostrencos!
—¡Qué tajo de zamacucos!

IV

—¿Me negará V. á mi que Rafael llega con la mano al pelo?
—¿Dudará V. de que Vicente se moja, al meter el brazo, todo lo que hay que mojarse?
—¿V. ha visto á mi niño dejándose caer en la cama?
—No le conocí de chiquito.
—Chistes malos, no.
—¿No lo ha visto V. abrirse de capa?
—No he tenido ese *desocupo*.
—Está hermoso *empapando* á un Minra
—Me *humedezco* al recordarlo.
—¿Y atracándolo de trapo?
—La muerte por estraugulación.
—?Y dejándose caer, y cayéndose ante la cara y salvándose á gatas?
—¡Qué animal tan inteligente!
—Si viera V. que corezón tiene y ¡qué riñones!
—¿Le han aplicado los rayos X? ¿V ha visto á un *chico* metido á *farolero?*
—No salgo al anochecer.
—Para Navarras.... Pastor.
Para Navarras.... Pamplona.
—Para largas.... Machaco.
—¡Ni el Vaticano! Ni el Canalejas!
—¡Qué suertes de frente por detrás!
No hay quien se le ponga delante.
—¡Qué estocadas aguantando....
—Los denuestos del público.
—Se come crudos á los toros!
—¡Estómago se necesita!
—Cómo se mete en el terreno de la fiera. Y cómo se lo pisa!
—Olé por el reparto social!
—Y tu Vicente ¿qué hace?
—Se queda con el cornúpeto, se lo guarda en el bolsillo y lo despacha cuando le da la gana...
—¿Al toro?
—¡Fantasioso! Le has visto hacer la cruz?
—¡Se persigna, porque le da miedo!
—¡Que bien marca todos los tiempos!
—Olé por el Zaragozano.
—Y cómo se sale de la suerte!
—Limpio como don Tancredo.
—Donde está mi Pastor, no hay quien sirva para descalzarlo.
—Donde está Machaco, no hay quien le moje la oreja.
—Me carga tanta osadía.
—Y á mi tanta presunción.
—Váyase usted al cuerno, harpía.
—Y usted al hule, tumbón.

A. B. C.



ven esclavo está en Valencia; vos váis allí, á buscarle?

—Con tal objeto salí de Cartagena,—respondió la morisca con aplomo.

—¿Y ahora?—preguntó Yeste con afán.

—Ahora,—fijole Estrella apasionadamente,—estoy resuelta á qué jamás nos separemos. Sin vos yo me moriría.

—¿Y de que modo esplicaréis lo que hace poco me dijísteis?—la preguntó el hidalgo no dándose por satisfecho aún.

—¿Qué quereis que os explique?

—Habéis dicho: «pretendí hacer de vos un instrumento de venganza.»

—Así fué, querido caballero,—le contestó la joven sonriente,—Luis de Narváez amaba á otra mujer; á una esclava ruin...

—Tal para cual, la interrumpió el hidalgo con desdén.

—Yo tuve celos y traté de extirpar la causa de mi humillación.

—¿Cómo?

—Robándola.

—¿Lo hicisteis pues?

—Sí, valiéndome de vos,—contestó la morisca lanzando dos centellas al hidalgo, de sus divinos ojos.



daga con su diestra. Fué á desplegar los labios para exhalar la furia que anidaba en su pecho generoso, cuando sus labios se plegaron por una fuerte contracción nerviosa.

Había notado Yeste que por la puerta del jardín entraba su lacayo seguido de dos hombres.

Aquellos dos hombres le recordaban un empeño.

Eran los dos hidalgos valencianos.

Avanzó Yeste pálido y sombrío.

—¿Desde cuando los hombres bien nacidos,—preguntó,—penetran en la casa de un hidalgo sin hacerse anunciar?

—Desde el momento,—contestó el barón,—en que gentes villanas son sus dueños.

No aguardó más Bartolomé de Yeste.

Tras de aquellas palabras insultantes desenvainó su espada y le gritó.

—En guardia, señor menguado, que si me contenté en Riquelme con calentaros las costillas, de esta no escaparéis sin que os corte la lengua que tal dice.

—Y yo,—le contestó el barón,—os daré de estocadas y haré que mis lacayos cuelguen vuestro cadáver de una almena de mi castillo señorial.

Y al decir esto tiróse á fondo el valenciano con sin igual bravura, y á no ser listo Yeste habría fi-



mi tar este amor que era la vida de su espíritu, en su culpable aturdimiento corría desatentado por la pendiente del abismo, resbalando en el cieno de una pasión grosera y miserable.

No obstante aquel propósito, el humo sofocante de la voraz hoguera que en aquellos momentos ardía en el corazón de la morisca, eclipsó á las miradas de su alma la imágen del esclavo, palidecíendo aquel amor que poco tiempo antes era su gran preocupación.

En esta cualidad de sentimientos fluctuaba la morisca, cuando un día, en medio de un momento de abandono, no fué dueña de sí y descubrió al hidalgo cuanto ocultaba cuidadosamente.

Oigamos el diálogo en que tuvo lugar una expansión tan indiscreta cuanto inconveniente, mientras llegan allí los caballeros valencianos.

—¡Qué hermosa sois, Estrella mía! le dijo el caballero entusiasmado, exhalando un suspiro henchido de pasión y de deseos.

—¿Y vos? ¡ah! en vos, querido caballero mío, se une la gerridez al heróico valor que hace latir mi pecho de entusiasmo; todo en vos me enamora hasta el delirio.—Y se quedó extasiada mirando al hombre que la enloquecía.

Después de un rato continuó, con una encantadora languidez: